



**S.E. Monseñor
Giampaolo Crepaldi**

SECRETARIO DEL PONTIFICIO
CONSEJO "JUSTICIA Y PAZ".
CIUDAD DEL VATICANO
PRESIDENTE DEL
OBSERVATORIO CARDENAL
VAN THUÂN. VERONA. ITALIA

(¹) El sociólogo que más ha subrayado este aspecto de la modernidad es Niklas Luhman (ver N. Luhmann, *Sistemas sociales. Fundamentos de una teoría general*, Il Mulino, Boloña 1990).

(²) Benedicto XVI, *Fe, razón y universidad. Lectio magistralis* en la Universidad de Regensburg, 12 de septiembre de 2006. Sobre el tema de la unidad del saber, ver G. Crepaldi y S. Fontana, *La dimensión interdisciplinaria de la Doctrina Social de la Iglesia*, Cantagalli, Siena 2006, especialmente el capítulo I.

(³) Id.

LA DSI Y LA TAREA DE “ENSANCHAR” LA RAZÓN

El reduccionismo es la principal ideología de hoy. Mientras las ideologías de hace un tiempo eran integrales e “integralistas”, es decir, proponían una visión completa y omnicompreensiva de la realidad, la ideología hoy dominante hace exactamente lo opuesto: fragmenta la realidad¹. Así, con la excusa de liberarse de las ideologías, se crea otra igual de omnicompreensiva, más por defecto que por exceso. El reduccionismo está ampliamente difundido. La persona queda reducida a sus genes o a sus neuronas; el amor, a química; la familia se ve reducida a un acuerdo; los derechos, a deseos; la democracia, a proceso; la religión, a un mito; la procreación, a producción en un laboratorio; el saber, a ciencia y ésta a experimento; los valores morales se ven reducidos a simples opciones; las culturas quedan reducidas a opiniones, la verdad, a sensaciones; la veracidad, a autenticidad, es decir, a una coherencia con la propia autoafirmación.

Que el reduccionismo es una ideología queda demostrado, entre otras cosas, por la tendencia de muchos científicos a no escuchar lo que dice la propia ciencia. Me permito exponer dos ejemplos. Si la ciencia neonatal nos dice que un niño nacido de manera prematura durante la vigésimo segunda semana puede salir adelante, se hace difícil entender qué razones son las que se esgrimen para legalizar el aborto provocado hasta la semana veinticuatro. Si la ciencia nos dice que no se pueden utilizar células estaminales (troncales) embrionarias para la reconstrucción de tejidos enfermos, porque encierran altas posibilidades cancerígenas, y si la misma ciencia nos dice que existe la posibilidad de utilizar con fines terapéuticos, conservando todas sus potencialidades, y sin riesgo, las células estaminales adultas, se torna muy difícil explicar por qué las legislaciones de muchos Estados continúan, obstinadamente, financiando la investigación

científica con células estaminales embrionarias, negándose incluso a aplicar el principio de “precaución” que en otros ámbitos se propone como un imperativo categórico. En este último caso, si la mayoría de los científicos se muestran favorables, no es por razones científicas, sino más bien por una especie de “fe” en una libertad genérica de investigación científica que presenta los síntomas propios de la ideología.

Casos como los que acabo de citar, hay muchos. La interferencia de la ideología en las cuestiones que conciernen al hombre y su verdadero bien, provoca una cierta dificultad para acoger los problemas de manera global. La ideología, en realidad, se nutre del reduccionismo, aunque tiene una pretensión de totalidad. La ideología, así, termina por contaminar el cuadro del saber y las relaciones entre las disciplinas en sus diferentes niveles, en cuanto desarticula las relaciones entre los saberes más sectoriales y aquellos más universales, negando de hecho la analogía del saber, dicho de otra manera «la cohesión interior en el cosmos de la razón»².

La DSI tiene hoy algo que decir, sobre todo en la tarea de «ensanchar la razón» que Benedicto XVI indica insistentemente. En la *Lectio magistralis* en la Universidad de Regensburg dijo: «Por consiguiente, nuestra intención no es retirarnos o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y su uso. Porque, mientras nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, también vemos los peligros que emergen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se vuelven a encontrar unidas de un modo nuevo, si superamos la autoimpuesta limitación de la razón a lo que se puede verificar con la experimentación, y le abrimos nuevamente toda su amplitud»³.

(4)
Spe salvi, 33.

La ampliación de la razón no puede ser fruto de la sola razón, en cuanto que nadie da aquello que no tiene. La *Deus caritas est* otorga a la fe esta tarea y la *Spe salvi* se la atribuye a la esperanza. En esta última encíclica, Benedicto XVI habla en realidad de ensanchar el corazón, además de la razón. Refiriéndose a san Agustín, el Papa dice que «El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado»⁴.

Aquí cobra sentido la enorme actualidad de la Doctrina Social de la Iglesia. Esta, como afirma la *Deus Ca-*

ritas est (n.28), se sitúa en el punto de encuentro entre fe y razón, entre la caridad y la justicia; luego es un elemento fundamental para hacer fermentar una visión del hombre y de las relaciones sociales que vaya más allá de todo reduccionismo.

Nuestro Observatorio ha programado una serie de intervenciones y estudios “contra el reduccionismo” o, lo que es lo mismo, para «ensanchar la razón”. En este número ofrecemos el primero de esta serie, que continuaremos en próximos números, y que, finalmente, publicaremos en uno de los volúmenes de la “Colección del Observatorio” junto a la editorial Cantagalli.

